

*Catherine Walsh*

Editora

# ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS

RETOS DESDE Y SOBRE LA REGIÓN ANDINA



**UNIVERSIDAD ANDINA  
SIMÓN BOLÍVAR**  
Ecuador



**ABYA  
YALA**

Quito, 2003



**ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS**  
**Retos desde y sobre la región andina**

*Catherine Walsh*  
**Editora**

Primera edición:  
Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala  
Quito, septiembre 2003  
Diseño gráfico, armado e impresión: Ediciones Abya-Yala  
Cubierta: Raúl Yépez  
ISBN: 9978-19-050-3  
ISBN: 9978-22-328-2

Los aportes publicados en este libro, son de responsabilidad de sus autores

# CONTENIDO

## INTRODUCCIÓN

¿Qué saber, qué hacer y cómo ver?

Los desafíos y predicamentos disciplinares, políticos y éticos de los estudios (inter)culturales *desde* América andina

*Catherine Walsh* | 11

## I. ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS: PERSPECTIVAS CRÍTICAS

1. Las humanidades y los estudios culturales: proyectos intelectuales y exigencias institucionales  
*Walter D. Mignolo* | 31
2. Apogeo y decadencia de la teoría tradicional.  
Una visión desde los intersticios  
*Santiago Castro-Gómez* | 59
3. Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder: crítica de la idea de ‘estudios culturales latinoamericanos’ y propuestas para la visibilización de un campo más amplio, transdisciplinario, crítico y contextualmente referido  
*Daniel Mato* | 73

4. Historia de un asesinato por ocurrir, contado a la manera de una novela policiaca (o, colonialidad del poder y el futuro de los estudios culturales en América Latina)  
*Oscar Guardiola-Rivera* | 113

## II. (DES)IDENTIFICACIONES DISCIPLINARIAS Y LUCHAS DEL CONOCIMIENTO

1. Para una genealogía de la descolonización intelectual en los Andes  
*Zulma Palermo* | 131
2. Literatura, subjetividad y estudios culturales  
*Mabel Moraña* | 147
3. La literatura: entre el acontecimiento discursivo y la gesta real  
*Alicia Ortega* | 153
4. La disciplina histórica en Latinoamérica. Una lectura con los estudios culturales  
*Alberto G. Flórez-Malagón* | 159
5. Academia, lengua y nación: prácticas, luchas y políticas del conocimiento. Para una genealogía del campo académico en Colombia, 1853-1910  
*María del Pilar Melgarejo Acosta* | 171
6. Génesis de la lucha disciplinaria: pugna por el control de una nueva nación colombiana, 1910-1950  
*Sandra Lucía Castañeda Medina* | 189

## III. (POS)MODERNISMOS, SUBALTERNIDAD Y VISIONES HISTÓRICAS

1. Pasados hegemónicos, memorias colectivas e historias subalternas  
*Alfonso Torres Carrillo* | 197
2. Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley  
*Guillermo Bustos* | 215

3. Familiares ocultos del discurso posmoderno sobre la cultura: utopía colonial y nostalgia fascista  
*Valeria Coronel* | 243
4. Las nuevas aventuras de la vanguardia en América Latina: modernismo, mímica poscolonial y el mobiliario de Beatriz González  
*Víctor Manuel Rodríguez* | 267

#### **IV. TECNOLOGÍAS Y PRODUCCIONES DEL CONOCIMIENTO**

1. La tecnicidad en búsqueda de los datos duros: estudios culturales y economías pedagógicas  
*Regina Harrison* | 291
2. Descolonizar las tecnologías del conocimiento: video y epistemología indígena  
*Freya Schiwy* | 303
3. La investigación de campo en los estudios culturales. Presuposiciones, fundamentos, amplitud y validez a partir de una etnografía en los Andes ecuatorianos  
*Miguel Huarcaya* | 315

II

(DES)IDENTIFICACIONES  
DISCIPLINARIAS Y LUCHAS  
DEL CONOCIMIENTO

# GÉNESIS DE LA LUCHA DISCIPLINARIA:

PUGNA POR EL CONTROL DE UNA NUEVA NACIÓN

COLOMBIANA, 1910-1950

*Sandra Lucía Castañeda Medina\**

*Para el individuo que provisto de las enseñanzas del estudio y de la observación, contemple el panorama de la vida en Colombia desde un plano de serenidad, éste es desconsolador y es terrible.*

Laurentino Muñoz, 1935<sup>1</sup>

¿Acaso solo para aquellos *individuos provistos de las enseñanzas del estudio y de la observación* se hace claro el panorama de la vida de una nación? En las postrimerías del siglo XIX y los albores del siglo XX, se comenzaron a perfilar en Colombia las disciplinas que se esperaba favorecieran la conformación de una ‘nueva’ nación. Nueva pues ésta debería surgir en el contexto de un mundo que se reconfiguraba aceleradamente dentro de los márgenes del capitalismo industrial. Según las condiciones que imponía este orden mundial, la nación requería ser reinventada por sujetos especializados en diversas áreas útiles del saber (ciencias naturales,

\* Licenciada en Ciencias de la Educación, Filosofía e Historia por la Universidad la Gran Colombia de Bogotá y aspirante al título de Magíster en Filosofía por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Actualmente se desempeña como asistente de investigación del Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar de la Pontificia Universidad Javeriana.

medicina e ingeniería), pues ellos darían legitimidad a las políticas que el gobierno de turno a bien dispusiera. Así, para las elites que gobernaron el país durante este período, las sociedades de científicos se constituyeron en entes autorizados para definir cómo se debería construir la nación.

Desde el seno de estas sociedades se diseñarían, política y técnicamente, las estrategias que impulsarían la unidad nacional. Por esto, durante los primeros años del siglo XX, el gobierno de la Regeneración se empeñó en demostrar cómo la ciencia, siendo un conocimiento ‘neutral y especializado’, tenía una clara implicación social indispensable para el progreso de la sociedad. Sin embargo, ya bien entrado el siglo el ámbito científico, al igual que las demás esferas de la vida nacional, fue absorbido por la religiosidad y el clericalismo.

Ciencia, religión, política, economía y cultura cohabitarían en un país que se debatiría durante largo tiempo entre políticas radicalmente liberales y abiertamente conservadoras. Y es a partir del análisis de la creación de esta ‘tradicición científica’, como se hace posible establecer cómo emergieron en Colombia las luchas, desde diferentes disciplinas del saber, por lo que he denominado *el control de la nueva nación*.

Mientras en épocas anteriores el poder estuvo en manos de una élite ilustrada-letrada conformada en gran medida por literatos y juristas, quienes cultivaban el género del ensayo y el saber humanístico; durante el tiempo en cuestión, la élite científica, con informes precisos y detallados de su actividad, luchaba por legitimar su conocimiento en el ámbito de la política nacional colombiana. Es importante señalar que cuando hago mención a la nación colombiana me estoy refiriendo a la ‘colombianidad’ como proyecto inscrito en una geografía de centros y periferias que pretende unificar creando sentido de *pertenencia a...*

Las disciplinas que luchaban por el reconocimiento e institucionalización de sus prácticas y saberes, y que se inscribían dentro de un ideal humanista, no encontraban contradicción entre la creación poética y la práctica científica; razón por la cual para muchos analistas, en la figura del académico –en quien se fundió la cultura literaria-humanística tradicional con la competencia científica liberal– se halla la debilidad estructural propia de una clase social que quiso mantener el control político de la nueva nación.

Las prácticas discursivas locales –aunque no correspondían totalmente con las globales– procuraban fundamentar las políticas de configuración de instituciones y sujetos competentes que se ajustaran a las diná-



micas que imponía el mercado mundial. Para la clase dirigente era claro que, si se aspiraba a alcanzar tal ideal, se debería propender por el desarrollo económico e intelectual del pueblo y por el mejoramiento de sus particularidades raciales. Y es en el marco de estas consideraciones y demandas ‘nacionales’, donde surgió la lucha disciplinar abierta por el control del *saber que crea nación*.

A partir de los discursos que se construyeron desde las disciplinas y, por lo tanto, desde las sociedades científicas, es posible rastrear y determinar las verdaderas dimensiones de tal lucha. Así por ejemplo, desde la ingeniería, se crearon discursos que alentaban el imaginario de la responsabilidad de un profesional del área frente al futuro de la república. Al respecto decía Alfredo Bateman<sup>2</sup>: “la historia del desarrollo de la ingeniería en Colombia guarda estrecha relación con la historia del progreso material del país, ya que éste se debe principalmente, por no decir exclusivamente, a los ingenieros”. Disertaciones similares se planteaban desde las ciencias botánicas, el derecho, las ciencias agronómicas, la economía, y en fin, desde todas las áreas del conocimiento especializado. Cada disciplina pretendía y procuraba ser el panal donde beber la miel del saber. Pero es en el campo de la medicina desde donde ‘pareciera’ que se produjo con más claridad las políticas de ‘invención de la nación’ (Anderson, 1993). Debo aclarar que mi propósito no es afirmar que las demás áreas del saber quedaran anuladas del ámbito de la acción política nacional ante los saberes y práctica médicas; antes bien, ellas fueron condición de posibilidad de la misma y viceversa.

Es así como la medicina, durante gran parte de la primera mitad del siglo XX, se presentó así misma –desde todos sus órdenes–, como la mayor impulsora de las estrategias que se suponía, asegurarían la inclusión de Colombia en el sistema mundial<sup>3</sup>. Para ello implementó una serie de dispositivos que, desde los ámbitos de la eugenesia, la higiene y la salud pública, entre otros muchos, enrumbarían los destinos de la *nueva nación* hacia los ideales propios del progreso. En 1917 la Junta Central de Higiene instó al gobierno a concursar

en la labor de higienizar al país, tarea patriótica y necesaria cual ninguna otra, si se atiende a las condiciones especiales de la República [...] Para hacernos fuertes y defendernos necesitamos atraer a la inmigración, procurar el aumento vegetativo de las inteligencias, y en suma, todo lo que hace grande a una nación.

De esta manera la medicina intentó autolegitimarse al mostrarse como la instancia más apropiada desde donde formular leyes y ordenanzas que regularan las maneras de ser y de actuar del hombre colombiano.

La elite médica, que representó al gremio, era la inmensa minoría que, por sus características sociales, culturales, políticas y hasta económicas, hacía parte de la plana mayor del gobierno, razón por la cual ocupaba cargos de muy alto nivel en ministerios, el senado, y embajadas de países desarrollados, entre otras posiciones oficiales. Vale anotar que aunque su procedencia geográfica era diversa, su localización en el momento de ejercer el poder era central. La elite medica se educó, en su gran mayoría, en Europa (Francia, Inglaterra y Alemania), y reprodujo los modelos de control social que estos países desarrollaban en sus territorios —en la mayoría de los casos— sin ningún tipo de contrastación científica. Desde altos cargos estatales, los médicos pertenecientes a esta elite, desarrollaban estrategias que les permitieran introducir sus conocimientos y prácticas dentro de toda la estructura estatal. Son diversas las maneras como se articularon las políticas de estado con el conocimiento experto —en este caso el de la medicina— y el proyecto de nación.

Cualquier nación que aspirara a participar competitivamente en los juegos de poder que proponía el capitalismo debería contar no solo con un eficiente aparato político-económico, sino también con ciudadanos capaces de apoyar prácticamente dicho sistema. Pero el llamado ‘ideal de lo práctico’ se enfrentó durante estos años a límites estructurales que en gran medida frenaron los propósitos de ejecución del proyecto de ‘nueva nación’: el atraso económico medido en los bajos ingresos por habitante, el pequeño mercado interno y la precaria infraestructura del país, dificultaron todo intento por ‘modernizar’ a Colombia. Sin embargo, la medicina participó activamente en la configuración de una nueva subjetividad, la *colombiana*, desde dos campos importantes: el legislativo, a través de la propuesta de nuevas leyes de salud pública; y el pedagógico, a partir de la ejecución de campañas populares<sup>4</sup>. Por esto, aunque la visión de una gran parte de los científicos e intelectuales de la época acerca de la constitución racial, intelectual y moral del colombiano, era pesimista —pues se consideraba a nuestra raza como degenerada—, la retórica y las intervenciones desde la ‘ingeniería social’ —particularmente aquellas que se legitimaban a partir de los discursos y prácticas eugenésicas— construyeron sentido junto con nociones como progreso, estado, justicia, ciudadano y nación, que corresponden al régimen de representación moderno<sup>5</sup>.

De acuerdo con lo anterior, los conocimientos que hacían del individuo un sujeto socialmente legítimo, que daba cuenta de los problemas y soluciones a la realidad del país, eran los conocimientos que no sólo estaban al servicio de la formación de la autonomía individual y de clase, sino que correspondían con las demandas del mercado internacional. En este sentido, la pugna disciplinar por el control de la configuración de las representaciones nacionales estaba dada en la consecución, por parte de la medicina, del manejo de los mecanismos —dispositivos de poder— que le permitieran poner en práctica su discurso progresista. Este panorama general muestra cómo, durante los primeros años de conformación de la moderna nación colombiana, las disciplinas aparecen como un campo de batalla donde se enfrentan los intereses por la institucionalización de sus saberes.

## NOTAS

- 1 El doctor Muñoz, perteneciente a la elite médica colombiana, se preocupó —como gran parte de sus colegas— por el estudio de la ‘degeneración del pueblo colombiano’ con el propósito de establecer estrategias que frenaran dicho mal.
- 2 Dentro del campo de la ingeniería colombiana del S. XX, Bateman ha sido una de las figuras más reconocidas y sus apreciaciones han contribuido no solo al avance de la misma, sino a la construcción del corpus historiográfico de la ciencia y la tecnología del país. Véase: <http://www.sci.org.co>
- 3 Los hallazgos médicos impusieron un nuevo modelo, el de una medicina que en el “siglo XIX creyó que establecía lo que se podría denominar las normas de lo patológico, creyó conocer lo que en todos los lugares y en todos los tiempos debía ser considerado como enfermedad, creyó pronosticar retrospectivamente todo aquello que debía haber sido discernido como patológico pese a que se le confirió, por ignorancia, un estatuto distinto” (Foucault, 1991:25). Así este nuevo modelo se convirtió en parámetro de conocimiento, poder, control social y, en última instancia, patrón moral.
- 4 Laurentino Muñoz decía al respecto: “Necesitamos en Colombia una sostenida e inteligente obra de Higiene, en forma que revista caracteres de verdadera transformación. Un pueblo enfermo está incapacitado para el trabajo redentor en cualquier sentido en que se le considere, de modo que debe principiarse por una gigantesca campaña de Higiene Pública y Privada, y una vez en posesión de un factor humano sano, vendrá la obra fundamental de la educación primaria, secundaria, profesional. Cuando el Estado salve su dignidad, defienda al hombre de la miseria biológica y económica y se esfuerce por sostener la salud del pueblo en todo su vigor, se tendrá la base para la aparición de una nacionalidad poderosa por su capacidad mental y material y por su sentido de ética” (Muñoz: 31-32).
- 5 De acuerdo con Aline Helg, no obstante el pensamiento pesimista de la degeneración, la década de los treinta “será la de la esperanza en el mejoramiento del hombre. La década de las

reformas educativas, de las campañas de higiene, de la Comisión de Cultura Aldeana, inspirada en las misiones culturales de la España Republicana y de la Revolución mexicana, e iniciada por el mismo Luis López de Mesa cuando era Ministro de Educación, en 1934. Será una década durante la cual la noción de raza ‘desaparecerá’ a favor de la noción de pueblo. Pero también una década en la cual, imperceptiblemente, la distancia entre el pueblo y las clases pudientes se ahondará, a medida que el desarrollo y la modernización no beneficiará sino a los últimos”. Resalto el término desaparecerá, pues frente a este punto en particular estoy en desacuerdo con Helg. La noción de raza no desaparece del imaginario de la sociedad colombiana, es sólo omitida y ocultada en los discursos que recrean la nación.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. 1991. *El sujeto y el poder*. Bogotá: Carpe Diem.
- Helg, Aline. 1989. “Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina”. *Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales* 4: 37-53.
- Muñoz, Laurentino. 1935. *La tragedia biológica del pueblo colombiano: Estudio de observación y de vulgarización*. Cali: América.